

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

«¡QUE SUERTE!»

VIVIR EN UN PUEBLO

QUE suerte tienes, caramba! ¡Vivir en un pueblo!

Yo vivo en un pueblo, desde luego: en Sueca. Cierto que, en 1899, doña María Cristina nos concedió el título —entre otras razones, por nuestra «constante adhesión a la Monarquía Constitucional»— de «ciudad». Y cierto, también, que, alcanzado el cupo de los 20.000 habitantes, los baremos oficiales de la estadística tienden a meternos en alguna vaga categoría «urbana». Pero no somos una «ciudad», no somos una «urbe». La palabra «pueblo», «poble», con sus connotaciones obvias, nos conviene más. El vecindario se alimenta de la agricultura y de la emigración, y eso ya indica, a las claras, que continuamos hundidos en el «subdesarrollo» y que Dios sabe si nunca saldremos del apuro. Los indígenas lo tomamos con filosofía: unos con más, otros con menos. Los menos pacientes —por necesidad o por temperamento— hacen la maleta, y se largan a trabajar a Francia, a Alemania, a Suiza. Y vamos tirando.

«¡Qué suerte tienes!»

Este tipo de frases, de una amabilidad que agradezco, suelen ser el obsequio ritual de muchos de mis visitantes, gentes de Madrid o de Barcelona, incluso de Valencia, que se admiran del espectáculo. He de confesar que no acostumbro a desengañarlos. Yo no diré que sea una «suerte», precisamente. Sin embargo, entre residir en Barcelona o en Sueca, prefiero Sueca. Quizá mi «suerte» sea el poder realizar la preferencia. No sé, no sé... Tendríamos que hablar mucho del asunto, y no creo que el asunto interese al lector: se trata de una minucia autobiográfica, y ya me las arreglo. Pero no hay duda: la «ciudad», la «gran ciudad», si ofrece unas ventajas evidentes, exige igualmente sacrificios y molestias. ¿Compensa? Es muy probable que sí. En el supuesto de «volver a empezar», lo pensaría...

«¡Qué suerte!»

Los que residen en una «gran ciudad» tienen, a menudo, una idea bastante falsa de lo que es la vida en un «pueblo». Les ofusca su «incomodidad», y propenden a imaginar que en las zonas extra-urbanas atamos los perros con longanizas. Algo así como una estampa bucólica les alucina. Para ellos, el «pueblo» es el idilio absoluto: no hay una atmósfera excesivamente contaminada, el tráfico es más fluido, pesan menos los ruidos, existen menos obligaciones sociales, puede uno salir al campo con sólo atravesar unas calles, y todo lo demás. Y no lo negaré. Pero olvidan la otra cara de la medalla.

«¡Qué...!»

Yo no diría tanto. Llamarlo «suerte» es abusivo. Porque las contrapartidas son poco amenas. Y no lo digo por el hecho de que los «pueblerinos» nos veamos privados de cines de «arte y ensayo», de teatros de la ópera, de cátedras insignes, de salas de exposiciones. Mal que bien, con el televisor, el tocadiscos y un quiosco que venda impresos, tenemos suficiente para no aburrirnos demasiado. Por este lado, el déficit es notable, pero no es lo que más fastidia. Lo peor, en realidad, es el abandono en que vegetamos. Mi larga experiencia de relación en medios similares al mío me confirma que, en área rural, y a escala celtibérica, la situación es parecida en todas partes. ¿Culpa de «centralismo»? Lo dudo. Nunca he pronunciado una sola palabra a favor del «centralismo», pero tampoco muy en contra. Opino que no es ése el defecto. O no lo es todo. El «centralismo», como cualquier otro «instrumento» administrativo, puede ser útil o nocivo, según la inteligencia de quien lo maneje. Cuando don Eugenio d'Ors afirmaba que en España sólo habían «construido» obras sólidas los romanos y Carlos III, se refería a dos «centralismos» medianamente ágiles, de los muchos que hemos sufrido. El ayuntamiento de Sueca todavía ocupa el local que, «con el caudal público de la villa» —lo dice una lápida de su fachada— se edificó en tiempos carolinos. Estoy seguro de que, sin una orden «centralista» tajante, las escribanías municipales aún seguirían en cuchitriles odiosos. El abandono, en la mayoría de los casos, es «autoabandono».

«¡Qué suerte!»

El «ciudadano» ve los toros desde la barrera. Su «ciudad» tal vez no sea un modelo de buen funcionamiento, y al hojear la prensa de las capitales siempre advertimos quejas sobre el alumbrado insuficiente, el asfalto que flaquea, el metro que sube sus precios, la oficina siniestra. Pero puede sentirse contento con lo que tiene. Y sus protestas, a veces, consiguen ser oídas. En los «pueblos», cuando falla algo, no hay más remedio que resignarse. Paciencia y barajar. Hasta se ha olvidado la posibilidad del derecho al pataleo, tan natural, porque no existe medio de ejercerlo. Las familias se aguantan, y en paz. Por otra parte, así han venido haciéndolo durante siglos. Este verano —en plena «mi-auüt», con playas llenas de clientes—, Sueca ha sufrido largas horas, y algún día casi la jornada entera, de apagones de luz. Tener agua potable en el propio domicilio, durante semanas, se convierte en una ilusión indetectiblemente fracasada. De estas angustias puedo dar fe. En otros sitios serán

otras pejiqeras. Uno va al Ayuntamiento, y reclama; o acude a un concejal remotamente amigo; o... La conclusión es que, quizás, el burócrata, y el edil, y todos, pasamos por el mismo aprieto. Si la desidia afecta a unos más que a otros, es en grado mínimo. Al final, pensamos —el ser de «pueblo» comporta una inclinación al escepticismo tremendamente espontáneo— que ni siquiera vale la pena elevar una instancia al Gobierno Civil o al Ministerio de la Gobernación. Las pequeñeces del día de cada día —no poder ducharse, tirar la cadena del wáter y nada, escribir un artículo como éste a la luz de una palmatoria— no cuentan. En Sueca apenas hay industria: en estas condiciones, se comprende.

«¡Qué suerte tienes!»

Insisto: yo no diría «suerte». Para que no lo sea a ningún nivel, ni nos queda el recurso de echarle el muerto a la llamada Superioridad. He escrito «autoabandono» y lo repito: problema interno. Haría trampa si ocultase o desdénase los factores objetivos, de índole institucional, que dificultan la acción de los municipios. Pero me temo que no sólo es eso. Contra los «anticentralistas» a ultranza siempre se puede argüir la ineptia local. En otros términos: la culpa es «nuestra». No mía, porque yo, al fin y al cabo, ni corto ni pincho: soy un simple miembro pasivo del censo de población. Pero...

¿Entonces?

Cuando alguien me pregunta por qué vivo en un pueblo a pesar de los pesares, siempre contesto, de entrada: porque es «mi» pueblo, y pongo un irónico énfasis en el posesivo. Exactamente: no me da la gana emigrar, ya que, de momento —y soy demasiado viejo para rectificar la aventura—, puedo permitirme el lujo de no hacerlo. Si mi interlocutor es resabiado, a veces, me atrevo a citar unas palabras del Plutarco escolar. En el «Demóstenes» encontré esta frase: «Habitamos una pequeña ciudad, y nos complacemos en vivir en ella, para que no acabe siendo más pequeña.» El argumento es precioso. Se presta a la vanidad. Pero la vanidad no es mi fuerte. Los recalitrantes «pueblerinos» por vocación tenemos la vocación como salvaguardia.

En todo caso, que nadie nos envidie. Vivir en un pueblo no es vivir en Jauja. Y mi pueblo es de 20.000 almas. De ahí para abajo, ya verán ustedes...

Joan FUSTER